

SAMURÁIS

JULIEN PELTIER

SAMURÁIS

La senda del guerrero

Traducción de Andrés Ruiz Merino



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Samurais. Une autre histoire des samurais*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

Ilustración de cubierta: Samurái armado a caballo, litografía.
Science History Images/Alamy Stock Photo

Primera edición: febrero de 2025

© Perrin, París, 2023

© de la traducción: Andrés Ruiz Merino, 2025

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Diputación, 262, 2^º1^ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2766-3

Impreso en Huertas industrias gráficas

Depósito legal: B 1059-2025

Impreso en España

«¡Ay!, nada hay más cruel que el destino de quien lleva el arco y las flechas. Si no hubiera nacido en una casa consagrada a las artes de la guerra, me habría librado de semejante desgracia».

El cantar de Heike, libro noveno,
«El fin de Atsumori»

Índice

Introducción	11
Advertencia al lector	15
Cronología comparada	16
Mapa de Japón.	17
1. Los orígenes del samurái	19
2. La senda del arco y el caballo	31
3. Más bien lobo que pastor	43
4. Un conflicto fundacional	51
5. Emperador y <i>shōgun</i> : cohabitación.	65
6. Domesticar a la muerte	75
7. El kan y el tifón	85
8. Un paréntesis imperial	97
9. Los rostros del samurái	107
10. Constructores, estetas y mecenas	119
11. <i>Gekokuj</i> , el mundo al revés	129
12. ¿Una revolución militar?	141
El castillo de Osaka, la víspera del asedio de 1614	144
13. El cuenco y el sable.	153
14. Las paradojas del «Mono»	163
15. Un actor de la primera globalización	175
Las invasiones de Corea por Toyotomi Hideyoshi (mayo de 1592-diciembre de 1598)	183

16. Una dominación por legítimar	189
17. <i>Rōnin</i> , marginados convertidos en héroes	201
18. Tiempo de amores «masculinos»	211
19. Una supremacía contestada	223
20. Cuando la lealtad rima con la insubordinación	233
21. Entre tradición y modernidad: occidentalización y xenofobia	243
22. Un regreso ilusorio a las raíces	255
23. El instrumento de la militarización	265
Conclusión	277
Glosario	281
Notas	291
Bibliografía	317
Índice onomástico	329

Introducción

Aquí llega, inexorable, silueta aterradora con casco negro. Ocultando su rostro bajo una máscara lacada con reflejos de obsidiana, blande un sable que voltea en todos los sentidos y corta en pedazos al aterrizado enemigo. Esta vez el caballero no se ha apresurado a socorrer a la princesa, sino todo lo contrario. La princesa no es su prometida, es su presa, su botín, y el señor Vador vuelve a su venerado maestro, ese emperador maléfico al que sirve con celo indesmayable y lealtad ciega. Para construir el más popular de los mitos modernos, George Lucas, ese demiurgo de Hollywood, ha convocado a muchos otros mitos con raíces ancestrales, al frente de los cuales se encuentra el samurái, sin ocultar que fue una de sus principales fuentes de inspiración.¹ ¡Y con razón! En los bancos de la escuela de cine, Lucas y su compañero John Milius se habían prendado del universo de Akira Kurosawa, del que el creador de *Star Wars* produciría en 1979 la obra maestra *Kagemusha*, Palma de Oro en Cannes ese año. Lo mismo que con el director americano, los samuráis han colonizado nuestra imaginación. El asunto viene de lejos, con las primeras notas interpretadas por Japón en el «concierto de las naciones», en los albores del siglo pasado, e incluso antes si consideramos la ola de japonesismo que comienza a formarse con la difusión temprana de las obras de Hokusai. Además de los guerreros esbozados con picardía en

el manga,* el maestro del grabado no desdeñó representar a un samurái en la vuelta de un camino surcando los maravillosos paisajes de Tokaido.² En el momento de su apertura al mundo, o más bien de su reapertura después de un largo periodo de repliegue, el archipiélago, se da, así, como emblema al orgulloso guerrero que había presidido su destino durante siete siglos. Probo, valiente, entregado en cuerpo y alma, ¿no encarna este personaje al japonés ideal? Nada tiene de sorprendente que el largo proceso de sublimación a lo largo de generaciones haya ocultado no sólo la escoria, sino también una parte de su humanidad. Ahora bien, para despojar al samurái de su aura mítica, es importante devolverlo a su estado original, a fin de comprender mejor sus dilemas y contradicciones, las influencias y tentaciones a las que estaba sometido. Para hacerlo, a veces es mejor tomar caminos secundarios, perderse en los márgenes de la sociedad, por donde pasean aquellos guerreros que se convirtieron en bandidos, *rōnin* –samuráis independientes– o piratas. Doblar el espinazo para deslizarse en el interior de una casa de té, arrodillarse en la postura meditativa del zen, incluso aventurarse al anochecer bajo el resplandor escarlata de las linternas de un «barrio de placer» son otros tantos caminos que llevan a descubrir a los samuráis bajo una nueva luz.

Más allá de la moda de cuestionar los estereotipos, el propósito de este libro es, por tanto, hacerse a un lado, intentar hacer un retrato del samurái desde nuevas perspectivas, sin limitarnos sencillamente a la letanía de hazañas de armas y al relato de los tiempos heroicos. Como el lector avisado puede encontrar sin dificultad los grandes hitos históricos, no tratamos en modo alguno de proponer aquí una recopilación más de los principales hechos de la larga epopeya samurái. La intención es más bien establecer un diálogo entre mito e historicidad. A lo largo de un

* A menudo traducido como «imagen ridícula» o «esbozo rápido», Hokusay Katsushika habría sido el primero en utilizar este término para nombrar su cuaderno de dibujos.

milenio de evolución, el guerrero japonés tradicional experimentó varias mudas, la fundamental a principios del siglo xvii, con los inicios del periodo Edo y la transformación del combatiente profesional en funcionario armado, como consecuencia del cambio total de paradigma que había acompañado el retorno a la paz civil. A pesar de los esfuerzos de las élites para justificar la continuidad de la hegemonía sociopolítica de los samuráis, las críticas encubiertas seguirán creciendo hasta el derrocamiento del régimen militar durante la década de 1860. Hay que señalar que el mantenimiento de esta casta, a expensas de un campesinado explotado con los impuestos, a menudo considerada parasitaria y cuyas filas aumentan de generación en generación, constituye uno de los principales desafíos a que se enfrenta el archipiélago.

Mucho antes, sin embargo, de los tiempos modernos, desde la época Heian, que termina alrededor del año 1000, eruditos y aristócratas apenas pueden ocultar su desprecio por aquellos a quienes perciben como unos brutos sedientos de sangre. La historia del samurái es también una búsqueda de humanización. Paradójicamente, a medida que los guerreros ascienden en el escalafón, se esfuerzan por civilizarse, pues su primacía, pacientemente lograda, no tiene nada de legítimo en este Lejano Oriente, imbuido de un confucianismo de influencia china dentro del cual la carrera de las armas está desacreditada. Lo mismo que sus parientes lejanos europeos, cuyo parentesco no ha dejado de instrumentalizarse, los samuráis tenían que rivalizar en sutilezas y contorsiones intelectuales para tornar a su favor esas doctrinas inherentemente desfavorables para quienes han hecho de segar vidas su profesión. Al igual que el cristianismo, el neoconfucianismo llegó así, contra todas las expectativas, sirviendo de base ideológica a una élite caballeresca.³ Muy lejos de la fidelidad absoluta exigida, sus relaciones con el poder —señorial, shogunal e imperial— fueron complejas y las lealtades, constantemente cuestionadas, proporcionando innumerables pretextos para recurrir a la violencia política. Este estado de cosas se extiende hasta vísperas de la Se-

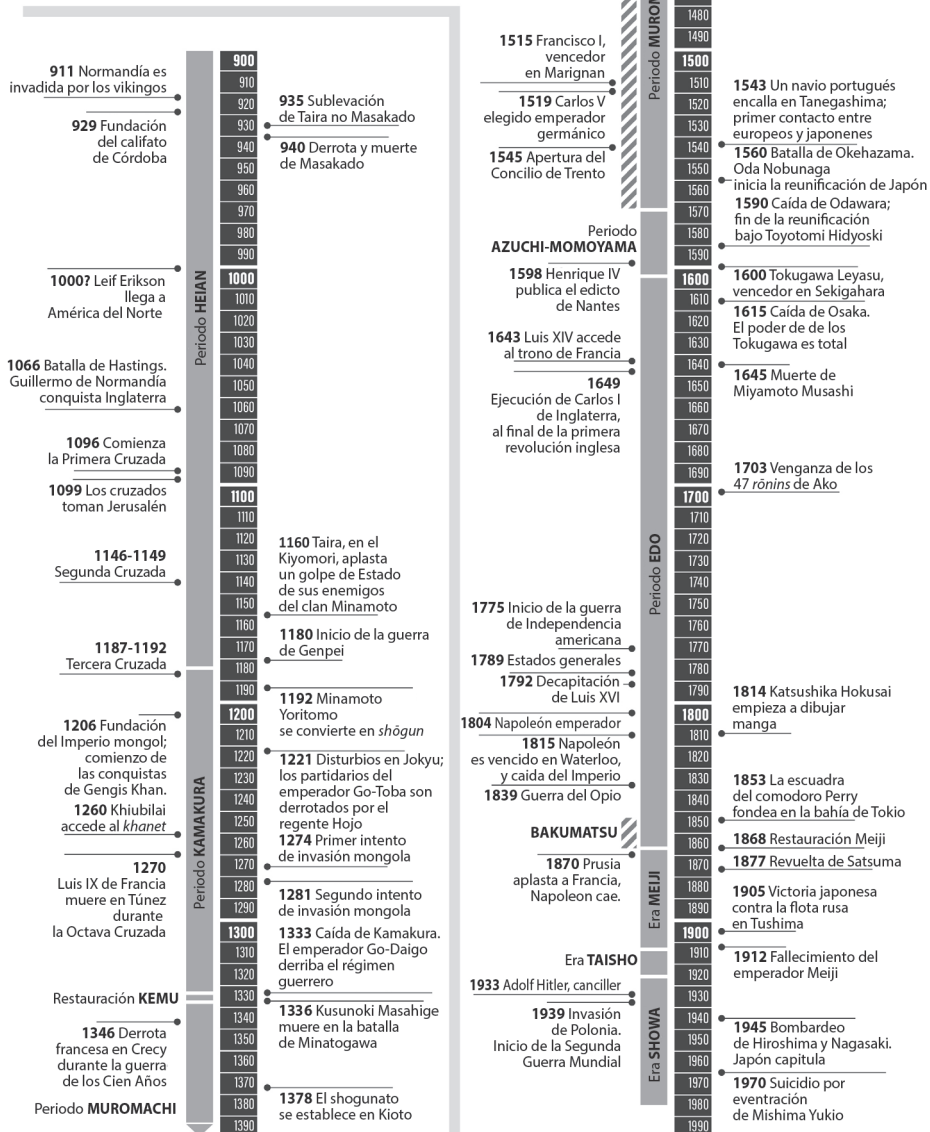
gunda Guerra Mundial, cuando los oficiales, exigiendo la tradición del *bushido* —código del samurái—, recuperaron su figura para hundir al archipiélago en el abismo. Desde entonces, los samuráis han vuelto al estado de gracia, con riesgo de petrificarse en otro arquetipo más. Sin embargo, podemos apostar sobre seguro que esta reinvencción no será la última.

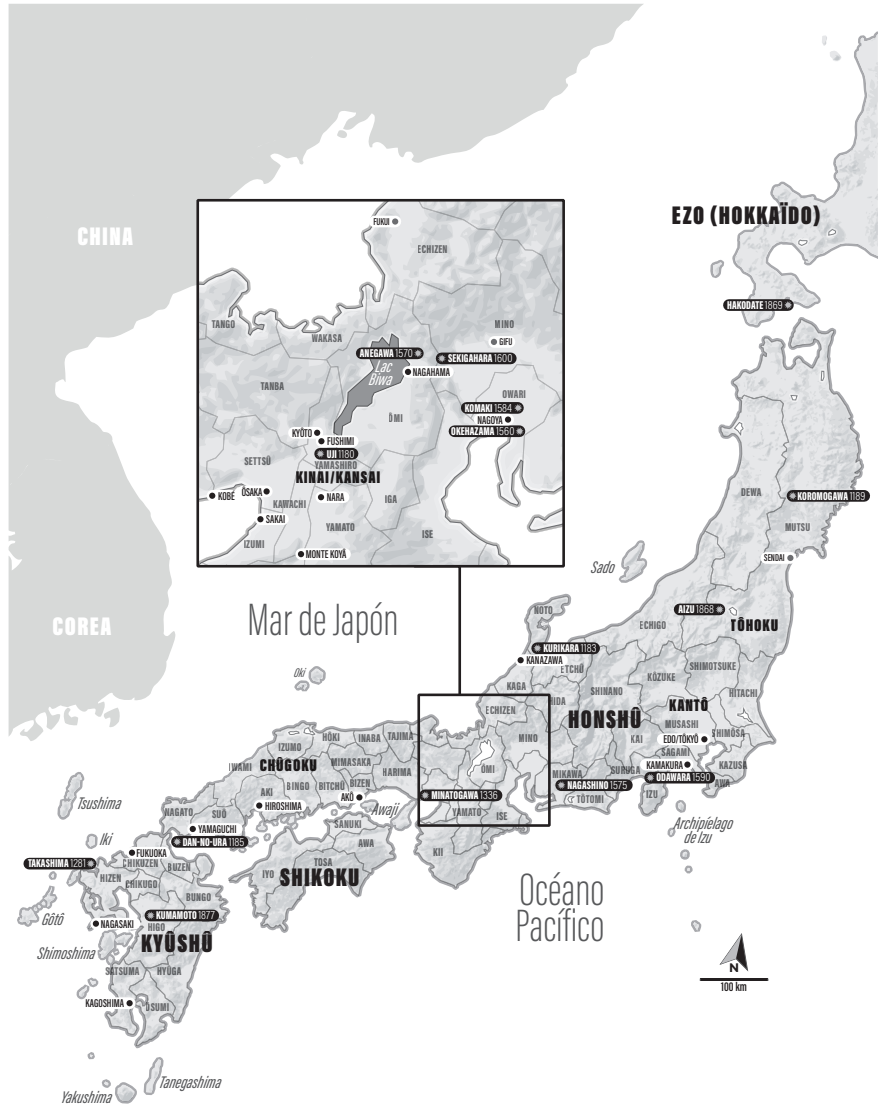
Advertencia al lector

Es convención japonesa que durante su Alta Edad Media el apellido preceda al nombre, con la partícula *no* intercalada actuando como determinante. Así, Minamoto *no* Yoshitsune se refiere al héroe Yoshitsune de la casa Minamoto. Aunque este uso se abandona con frecuencia cuando se trata de personalidades contemporáneas más conocidas —escritores, cineastas o políticos, por ejemplo—, lo mantenemos en aras de la uniformidad. El emblemático director es presentado, en consecuencia, como Akira Kurosawa. Los autores y cronistas isleños también prefieren utilizar el nombre, en lugar del apellido, a lo largo de sus relatos. Una vez realizada la presentación de un personaje, Oda Nobunaga, por ejemplo, nos referimos a él únicamente por su nombre de pila, Nobunaga.

Como las fechas del calendario lunar, de inspiración china y adoptado por Japón desde finales del siglo VII, podrían dificultar la adecuada comprensión del desarrollo de los acontecimientos, hemos mantenido las correspondencias con el calendario gregoriano, vigente en el archipiélago desde 1872, para comodidad del lector. En los muy raros casos contrarios, la información es suficientemente explícita.

Cronología comparada





Capítulo 1

Los orígenes del samurái

A un paso del palacio imperial, en el corazón de Tokio, se alza un modesto mausoleo ignorado por los miles de turistas que se agolpan cada día en las avenidas de la extensa megalópolis. Escondido bajo el follaje de un alcanforero, encajado entre dos rutilantes rascacielos del distrito comercial de Otemachi, el lugar apenas llama la atención. Detrás de una linterna de piedra de la avenida Etai, al pie de una estela grabada con sinogramas, apenas podemos distinguir un montículo del que ningún extraño podría sospechar la función. Se trata de un *kubizuka*, «un túmulo para cabezas», en el que reposan cráneos de guerreros caídos en el campo del honor. Sin embargo, esta sepultura es especial: sólo contiene una cabeza, pero ¡qué cabeza! Cuenta la leyenda que regresó por sí sola desde Kioto, la antigua capital, hasta el lugar de su definitivo descanso, deteniéndose aquí y allá en el camino para saludar a un compañero de armas o maldecir a un enemigo odiado.¹ Qué fantástica conclusión para la novela de una vida que no lo fue menos, porque su dueño no era otro que Taira no Masakado (¿900?-940), a quien algunos ven como el «primer samurái». ¿Qué añade tal honor a este guerrero bien real, capitán en el siglo x, que ha inscrito en la historia su nombre y el de su clan, llamado a conocer un destino ilustre?

La respuesta la encontramos en varios detalles. En primer lugar, el recorrido de Masakado deja vislumbrar una bisagra histórica marcada por el declive del modelo militar que se tomó pres-

tado del poder tutelar regional chino a favor de un aumento de poder de los arqueros montados, luchadores profesionales que prefiguran a los tradicionales famosos guerreros japoneses. Masakado adquiere renombre más allá del Kantó, la vasta llanura aluvial que rodea el Tokio actual. El personaje inaugura al mismo tiempo la rivalidad centenaria entre este polo político entonces emergente y Kansai, la región central ocupada por las antiguas capitales de Nara y Kioto, a las que se suma hoy la aglomeración que reúne a Kobe y Osaka. Finalmente, encarna perfectamente varios rasgos esenciales que caracterizan al samurái en su realidad más que en su mito: el carisma, sin duda, pero también una ambición devoradora que llevará al héroe del Shomonki, en *La gesta de Masakado*, a levantarse contra la voluntad imperial. Siempre presentado como modelo de lealtad ciega al señor supremo, el samurái, sin embargo, no ha cesado durante su larga historia de desafiar a la autoridad, derribando el poder para preservar intereses personales o de clan. La insurrección de Masakado, lo que le granjeará el obstinado resentimiento de la casa imperial y una segunda condena por traición en 1874, casi un milenio después de su muerte, es en este sentido señal de una nueva era.² William Wayne Farris llega incluso a escribir en su obra maestra que se pasa de una violencia de naturaleza «depredadora» a una violencia «intraespecífica, en el sentido de que se asemeja a una pelea entre dos machos [...], ritualizada, individualizada y realizada con armas elaboradas».³

Aunque el hecho de asociar arbitrariamente un personaje a la génesis de un fenómeno global tiene necesariamente un carácter algo artificial, la trayectoria de nuestro guerrero dibuja ya un retrato bastante fiel de aquellos que se convertirán en samuráis, en su complejidad y sus contradicciones. Para entender lo que lo hizo posible, conviene, sin embargo, retroceder dos siglos más, a los orígenes de los emblemáticos luchadores insulares.

El brazo armado del emperador

Musha, *mononofu*, *bushi* o *samurái* son nombres con los que las crónicas y cantares de gesta medievales designan al guerrero, y esto sólo en el periodo Edo (1603-1868) cuando las acepciones de este último abarcan a los demás y acaba imponiéndose. Esto no es una coincidencia, ya que, en esta sociedad dolorosamente pacificada, lo que se espera de quien abraza la carrera de las armas es una obediencia sin falla, mucho más que la valentía o las habilidades militares. Ahora bien, el samurái no es otro que «el que sirve». Derivado del verbo *saburafu*, en un primer momento el término identifica al sirviente de la alta aristocracia, y luego adquirirá una dimensión militar, ya en el siglo XII, cuando comienza a caracterizar a un guardaespaldas, a un hombre de armas dedicado a la protección del señor.⁴ ¿Por qué se hace necesario contratar los servicios de un combatiente profesional? Porque reina la inseguridad en la mayoría de las sesenta y seis provincias del antiguo Japón. Y más vale saber manejar el arco y el sable si se quiere desempeñar dicha misión protectora e incluso tener peso en el plano político. Esto es lo que los guerreros finalmente acaban por comprender al final de un largo proceso que se extiende a lo largo de varios siglos.

Durante mucho tiempo, se aceptó comúnmente que la aparición de una clase militar profesional había tenido lugar coincidiendo con el debilitamiento de la autoridad imperial durante el periodo Heian, inaugurado en el 794 con el traslado del poder de Nara a Heian-Kyo, el futuro Kioto y en adelante capital. Según la tesis popularizada en los albores del siglo pasado por Asakawa Kanichi, profesor de Yale desde 1907 hasta 1942, unos clanes provinciales, sólo obedientes a ellos mismos a causa de la negligencia de sus gobernadores, habían desarrollado las habilidades necesarias para garantizar su autodefensa en las fronteras inestables del imperio. Estos hombres pasaron entonces de notables locales a guerreros que se apropiaban de los excedentes agrí-

colas, indispensables para la acumulación de un capital que permitiera la adquisición de un armamento costoso. A esto deberían añadir el mantenimiento de un palafrén, o incluso el pago de emolumentos a los siervos. Para hacer reinar el orden y escapar a la rapacidad de sus jefes, siempre en la capital, los líderes de estos protoclanes, convertidos en señores *de facto*, fortalecieron su dominio organizando gradualmente –primero a escala local– una pirámide feudal basada en la fuerza y la lealtad vasalla. A falta de un derecho respetado, su deber de cobrar los impuestos y luego transportar los fondos recaudados proporcionaba un pretexto adicional para la militarización de estos *bushidan*, o «bandas de guerreros» aparecidas a comienzos del siglo x.⁵ Vemos así cómo se dibuja, de manera bastante evidente, un paralelismo con la Europa de la Alta Edad Media tras la caída del Imperio romano, que dejó un vacío político gracias al cual nacería un feudalismo floreciente. Sin embargo, a partir de la década de 1990, una nueva escuela de académicos dirigida por Karl Friday y William Wayne Farris, en el ámbito angloparlante, se esforzará en rellenar las lagunas de este relato. Sin huir de la controversia, estos historiadores estadounidenses se centran en poner en evidencia las continuidades, en lugar de las rupturas, en que se produce la aparición de los primeros samuráis.⁶ Ponen de relieve el «eslabón perdido», usando la expresión de Farris, que corresponde a la parte central del periodo Heian. Durante los siglos VIII y IX, el Estado japonés se inspira, primero, en gran medida, en el modelo chino para establecer el *Ritsuryo*, un corpus de códigos inspirados en doctrinas confucianistas y el legalismo chino. En el plano militar, el declive del sistema establece un servicio obligatorio para el campesinado, que recaerá para ello en la infantería. Pero esta herramienta revelará rápidamente ciertas debilidades que constituyen un impedimento radical. Asimilado a una obligación penosa, socavado por la desertión y la corrupción, el servicio militar también se revelará como algo completamente inadecuado conforme a los imperativos tácticos dictados por la lucha contra los Emishi, los pue-

blos del noreste de Honshu, que no tenían intención alguna de someterse a la autoridad del emperador.* La expansión del territorio bajo soberanía imperial, con la oposición de indomables jinetes consumados, expertos en incursiones y razias, requiere nuevas unidades altamente cualificadas en manejo del arco a caballo. El cuerpo de los *kondei* –los fuertes– responderá a esta necesidad desde los primeros tiempos del periodo Heian. Poco numerosos –cada provincia cuenta entre veinte y doscientos, con una neta superioridad numérica en el Kantó–, estos hombres poseen los rasgos distintivos del guerrero montado japonés, que no variarán apenas durante más de medio milenio. La corte imperial, aceptando delegar el mantenimiento del orden en profesionales independientes, habría aceptado «privatizar» el ejercicio de la fuerza pública. Sin embargo, contrariamente a lo que dice la teoría del derrumbamiento del poder central, éste nunca habría dado la espalda a las cuestiones militares.⁷

En definitiva, mucho antes de erigirse en rivales de la casa imperial, despojándola de sus prerrogativas en beneficio de su líder supremo, el *shōgun*, los samuráis habían sido durante siglos el brazo armado del emperador. El término, contracción de la fórmula *Seii-Taishogun*, designa al «generalísimo responsable de la pacificación de los bárbaros», comandante en jefe de la clase combatiente. ¿Qué hay realmente de esta altisonante dignidad, cuyo sufijo se convertirá en símbolo de la hegemonía samurái? El venerable *Diccionario histórico del Japón* indica que la primera mención del término aparece a principios del siglo VIII.⁸ El mandato, entregado por un tiempo limitado, evoca el del cónsul romano, que corresponde a un mando militar con poderes políticos extraordinarios, ejercidos sin embargo bajo el control de la corte imperial en el archipiélago, y del Senado en la bota transalpina. Sin embargo, llegó un momento en que los guerreros tomaron con-

* Este término genérico, que engloba un rosario de tribus nacidas o no de una misma cepa étnica, designa, sobre todo para los cronistas, el conjunto de pueblos rebeldes a la autoridad creciente de la casa imperial.

ciencia de su creciente poder y decidieron usarlo por cuenta propia. Si bien este razonamiento no está exento de atajos y zonas de sombra, resaltadas en particular por la historiadora Francine Hérail, el horizonte del conocimiento histórico se vuelve más claro con dos acontecimientos bien conocidos y documentados: las dos grandes revueltas de la década del 930. Es en este momento de la función cuando Taira no Masakado entra en escena.

Un héroe muy indisciplinado

Entre la multitud de grupos armados rurales que mantienen una relación simbiótica con un territorio, destacarán algunos *bushidan*, que son los que luego congregarán a su alrededor, con ellos como núcleo, a verdaderas confederaciones guerreras. Se trata de clanes bajo las órdenes de jefes que afirman tener una conexión sanguínea con la dinastía reinante; en consecuencia, gozan de un considerable prestigio.

Los Taira se proclaman, así, descendientes de Kanmu, quincuagésimo soberano del país, mientras que los Minamoto pretenden descender de Seiwa, quincuagésimo sexto emperador en el trono. Por ser exhaustivos, cabe añadir a la poderosa familia Fujiwara, que, tras monopolizar la regencia durante generaciones, impone su voluntad sobre los emperadores débiles y juveniles. Así, se hacen con los cargos más codiciados, en particular el de *kanpaku* (canciller), y sus líderes gobiernan entre bastidores, entregados a un nepotismo rampante. Ante el anuncio del levantamiento de Masakado, Fujiwara no Sumitomo, gobernador provincial de Iyo en la isla de Shikoku y retoño de una rama colateral del ilustre linaje, se levanta, a su vez, a la cabeza de los piratas que infestan el mar Interior. Al mando de una flota estimada en mil esquifes, el rebelde saquea la costa desde Kyushu hasta la bahía de Osaka, antes de ser derrotado y decapitado en el otoño del 941.⁹

Pero es Masakado quien enarbola el estandarte de la revuelta con más ardor, y gracias a él el movimiento de emancipación de los guerreros se convierte en un signo de la insumisión. A diferencia del estallido sin futuro de Sumitomo, que no afecta a los equilibrios políticos, Masakado sacudirá los cimientos mismos del poder imperial. Según el testimonio del *Shomonki*, fuente principal que se remonta probablemente a finales del siglo x, registrado por un monje budista familiarizado con el personaje, la aventura comienza con una confusa disputa matrimonial que enfrenta al interesado con su tío y suegro Yoshikane, y que, sin duda, enmascara rivalidades familiares y patrimoniales. Para gran disgusto de Yoshikane, el yerno rebelde se niega a entrar en la casa de su esposa, despreciando los usos de la época. El asunto es grave, y cada campo reúne a sus partidarios, entendiendo que la trivial rivalidad encubre intereses mucho más vastos: determinar quién ganará en ascendiente sobre el poderoso clan Taira. A principios del año 935, Masakado inicia las hostilidades en las provincias costeras del Kantó oriental. Sale victorioso en las primeras escaramuzas, y al final de éstas quema cientos de residencias enemigas. Enfurecido, el derrotado Yoshikane llama a otros parientes, pero los refuerzos no son suficientes para derrotar al rebelde, que dispersa a sus enemigos en el otoño de 936 y llega a la capital, donde el regente Fujiwara lo ha convocado para rendir cuentas de sus acciones. El acusado sale airoso gracias a una oportuna amnistía general, pero descubre a su regreso que sus adversarios, lejos de haber abandonado las armas, han destruido su mansión en Shimosa.

Sufriendo de beriberi y finalmente vencido, Masakado se oculta por un tiempo antes de regresar con fuerza durante el verano de 937. La disputa ha degenerado en una guerra abierta en todos los frentes. En esta situación, los enemigos del irreductible guerrero, incapaces de imponerse militarmente, trasladan el conflicto al terreno político: apelan a la corte, donde sus buenas relaciones les garantizan la atención del Consejo de Estado. Esto es

demasiado para Masakado, que refuta toda acusación. Llega entonces una nueva campaña, esta vez con intercambios epistolares entre ambos partidos y dignatarios. Sin esperar a la llegada de los espías enviados por la corte y desobedeciendo las órdenes de arrestar a un barón codicioso, Masakado une fuerzas con el fugitivo para devastar la región. El este entero estalla en llamas.

Después de la provincia de Shimoso, cae Hitachi, y luego Musashi y Sagami son saqueadas. Mientras, Masakado amenaza a la vecina Shimotsuke, donde confisca los sellos imperiales. Aterrorizada, la corte ya no sabe qué hacer: «Cuando se difunde el rumor de que Masakado se había apoderado de las ocho provincias orientales y que iba a lanzar un ataque a la capital, se ordena a todas las montañas (monasterios) declararlo anatema, pero aparentemente sin éxito; tanto es así que el rostro del dragón había perdido todo color». ¹⁰ El Kantó es abandonado a su suerte, y todo lo que tiene que hacer Masakado es recogerlo como a la fruta madura. Quema sus naves y se hace proclamar «nuevo emperador». Y, confiado en sus hazañas de armas, funda su propia capital en Ishii y nombra gobernadores. Al hacerlo, se muestra decididamente renovador, pues amplía considerablemente su red de agradecidos colaboradores, a partir de ahora súbditos feudales establecidos en toda la llanura agrícola más rica del país, terreno además apto para la cría de caballos, la producción estratégica por excelencia. Pero, ¡ay!, esta apoteosis constituye también el canto del cisne de los hombres ambiciosos, porque, desde de Heian-Kyo, el joven emperador Suzaku, gobernante legítimo, declara a Masakado rebelde al trono —*zoku*— y pone precio a su cabeza. El viento cambia súbitamente de dirección. Apenas dos meses después, abandonado por la mayoría de su gente, a la que les habían sido prometidas generosas recompensas, Masakado muere en el campo de batalla a manos de un primo Taira, que lleva su cabeza de regreso a la capital, conservada en una tina de sal. Expuesta como advertencia para los demás alborotadores —y, si hay que creer a la leyenda, milagrosamente preservada de la descomposi-

ción—, el trofeo regresará a la futura bahía de Tokio por sus propios medios. Así termina el caótico itinerario del «primer samurái», que inmediatamente adquiere una dimensión mítica. Poco después de la muerte del legendario rebelde, comienza a rendirse culto a su alma difunta, que, en la creencia popular, pronto se transforma en *goryo*, espíritu vengativo cuya ira conviene apaciguar mediante ritos y ofrendas apropiadas; y luego en *kami*, uno de los innumerables dioses del panteón japonés.¹¹

La insumisión como tradición

Presentado invariablemente como la encarnación de una lealtad ciega y desinteresada, el guerrero nipón está, bien al contrario, guiado por una feroz independencia. Lejos de la disciplina colectiva, hoy reconocida como un pilar de la sociedad japonesa, el samurái hace gala de un individualismo indomable desde los primeros capítulos de su larga epopeya. Nada importa más que el honor y la gloria personal, y Taira no Masakado en modo alguno es una excepción a la regla; él, quien, bajo el pretexto de corregir errores, sirve sobre todo a su propia ambición. Ahora bien, es precisamente este desafío a la autoridad lo que todavía le otorga gran popularidad hoy en día en el este de Honshu, porque su levantamiento saca a la luz los fracasos de las instituciones imperiales y su incapacidad para impartir una justicia imparcial. Ciertamente, en última instancia prevalece el poder soberano, pero al precio de una actuación sin brillantez. Desprovisto de fuerza suficiente, también está obligado a recurrir a «sables a sueldo», si usamos la expresión de Karl Friday.

El recorrido póstumo de Masakado no es menos edificante que el que tuvo en vida, ya que arroja luz sobre diversos aspectos de la recuperación de este mito fundacional y, a través de él, de la manipulación de la figura del samurái. Durante el periodo Edo, del siglo XVII hasta mediados del siglo XIX, se honra su memoria

como la de un pionero lejano. La gente lo admira, como a una especie de Robin Hood que lucha contra un régimen corrupto; una visión completamente fantasiosa, pues Masakado y sus esbirros fueron culpables de tantos abusos, si no más, que sus detractores. En cuanto a los guerreros que ocupan una alta posición social, se venera más que nunca no sólo a un precursor, sino también, y sobre todo, al campeón de Kantó convertido en el centro de gravedad política de Japón bajo la égida del shogunato Tokugawa. Con la caída de este último, la situación cambia completamente, tanto más cuando la vuelta a la preeminencia imperial es incompatible con las reverencias a un rebelde al trono, cuya condena la corte reitera.

Ahora bien, el hecho de que este recordatorio del nuevo orden imperial tenga lugar en 1874 no se debe al azar. El archipiélago, apenas salido de una terrible guerra civil que enfrentó a los partisanos sin *statu quo* con los partidarios de la modernización encarnada por el joven emperador, atraviesa una grave crisis que opone a los decepcionados por la restauración Meiji —con los samuráis expoliados a la cabeza— a un gobierno oligárquico cuya deriva autoritaria no cesa de aumentar. La revuelta retumba, y al fin termina estallando en el norte de Kyushu, antes de que Saigo Takamori, el «último samurái», tome a su vez las armas, sin entusiasmo, tres años después. Aunque no ha llegado el momento de abordar el destino singular de este otro gigante, la desgracia que golpea a Masakado en ese tenso contexto reviste, aunque suponga sólo un daño colateral, la forma de una advertencia dirigida a unos guerreros entonces al borde de reconectarse con su tradicional insubordinación. Tras mucho tiempo considerada una de las deidades protectoras más importantes de Edo, el *kami* caído es objeto de ruegos, pero esta vez son para que abandone el santuario de Kanda, donde era celebrado y festejado cada año con un gran desfile que terminaba en los jardines del castillo del *shōgun*, reconvertido en palacio imperial. Pero ningún rescripto ni anatema logrará jamás apagar el fervor de los asistentes al festival de

Kanda matsuri,* al que siempre acuden las gentes por cientos tan pronto como llegan los días soleados.¹²

Aunque nadie puede negar los ideales, a veces nobles, a los que han aspirado muchos miembros de la clase militar, el ejemplo de Taira no Masakado y sobre todo la estima de la que sigue gozando permiten matizar un retrato del samurái más complejo de lo que parece a primera vista. Lejos tanto de caricaturas como de apologías, no podemos imaginar al guerrero japonés como un monolito cruzando un milenio de la historia sin caer presa de contradicciones muy humanas. Sin embargo, se desprenden ciertas constantes, no todas compatibles con la imagen del justiciero impasible en que el imaginario colectivo tiende a encajonarlo. Entre estos rasgos distintivos, parece destacar, contra todas las expectativas, una cierta inclinación por la insubordinación, algo que veremos resurgir muchas veces.

* Festival que celebra la victoria decisiva de Tokugawa Ieyasu, fundador de la última dinastía shogunal, en la batalla de Sekigahara en 1600.